

Movimiento social y político de mujeres durante la dictadura militar 1973-1989

Social and political movement of women during the military dictatorship 1973-1989

Cristina Moyano Barahona
Universidad de Santiago de Chile

Valentina Pacheco Parra
Universidad de Santiago de Chile

Resumen

En este artículo se analiza el itinerario y los debates del movimiento social y político de mujeres durante la dictadura militar, en perspectiva de la conmemoración de los 50 años del Golpe de Estado. El principal objetivo es reconstruir la densidad de un movimiento social que fue clave en las discusiones sobre la dictadura y también sobre la transición a la democracia, conformado por activistas sociales, militantes políticas e intelectuales, en una época donde la interacción entre el mundo popular y la producción de saberes se hizo de la mano de un encuentro dialógico entre las actoras, posibilitando la unidad de diversidad de posiciones ante la prefiguración del autoritarismo como principal enemigo a combatir.

Palabras clave: movimiento social y político de mujeres, feminismo, dictadura, militancias, transición a la democracia.

Abstract

This article analyzes the itinerary and debates of the social and political movement of women during the military dictatorship, in the context of the commemoration of the 50th anniversary of the Coup d'état. The main objective is to reconstruct the significance of a social movement that was key in the discussions about the dictatorship and also about the transition to democracy. It was made up of social activists, political militants and intellectuals, at a time when the interaction between the popular world and the production of knowledge was done through a dialogical encounter between the actors, making possible the unity of positions in the face of the prefiguration of authoritarianism as the main enemy to be fought.

Keywords: social and political movement of women, feminism, dictatorship, militancy, transition to democracy

Introducción

El presente artículo ofrece una panorámica histórica del movimiento social y político de mujeres durante la dictadura cívico militar (1973-1989), compuesto por un amplio y diverso conjunto de organizaciones que hicieron frente, de forma temprana, a las políticas represivas del régimen de facto, particularmente en defensa de la vida y denunciando las sistemáticas violaciones a los derechos humanos, al mismo tiempo que levantaron discusiones y demandas en torno a la condición de la mujer, politizando -desde el género- las demandas por democracia y democratización. «Democracia en el país y en la casa» fue la consigna que agrupó un ideario sociopolítico, nacido desde el seno de las organizaciones de mujeres que, reunidas en talleres, ONG, colectivos y partidos políticos, se dieron a la labor de discutir las formas de hacer política en Chile.

A 50 años del Golpe de Estado en Chile, los movimientos feministas han jugado un papel muy relevante en la historia reciente. En los años 90, mujeres ubicadas en Centros Académicos, Universidades, ONG y Corporaciones, formaron una activa red en la que produjeron saberes y un léxico político cultural para repensar la denominada «posdictadura neoliberal» y la situación de la mujer en una época donde se debatieron los límites de la transición a la democracia. A través de publicaciones, seminarios, congresos nacionales e internacionales, programas radiales, consultorías y redes editoriales, difundieron esos saberes y pusieron en la palestra pública temáticas vinculadas a las diferencias sexo-genéricas, criticaron la despolitización del género que se realizaba desde el Servicio Nacional de la Mujer, conceptualizado como un obturador de las demandas, al fomentar políticas focalizadas para abordar las problemáticas

de la mujer, sin poner en cuestionamiento la episteme neoliberal y los dilemas de un capitalismo patriarcal. En ese plano, los debates feministas se vincularon con las epistemologías del sur, los nuevos movimientos sociales, instalaron las microluchas sobre lo cotidiano, abrazaron ideas sobre la deconstrucción para repensar el género y las disidencias sexuales, las identidades y las violencias epistémicas del colonialismo interno, en un vertebrado espacio transnacional donde se conectaron con feministas latinoamericanas a través de redes académicas y de activismo político-social^[1].

Entre 2018 y 2019 los movimientos feministas ocuparon un lugar central en la agenda política. Desde el denominado mayo feminista, donde mujeres se tomaron los espacios universitarios y escolares para denunciar la violencia de género, el acoso sexual y el sexismo presente en las instituciones educativas, hasta su participación activa en la revuelta del 2019, donde resignificaron la temporalidad de los años de la posdictadura. Este proceso fue posibilitado por una interacción generacional y un quehacer activo en movilizaciones precedentes como las asociadas a la Red contra la Violencia hacia las mujeres y su campaña el «machismo mata», o su articulación con el movimiento transnacional de «ni una menos», que en Chile resonó con fuerza en 2016, donde se fueron construyendo narrativas y experiencias cruzadas por relatos entre generaciones de mujeres feministas de los años 80, 90 y los 2000.

Así, en 2019 en el marco de la revuelta social, se produjeron diálogos fructíferos entre distintas generaciones. Tal como resalta Camila Rojas, en el movimiento actual hay poco de novedad y mucho de herencia,

1.- Cristina Moyano y Valentina Pacheco, «De márgenes e institucionalizaciones: Huellas del feminismo intelectual en la Revista de Crítica Cultural, Chile 1990-2007», *Revista Divergencia*, 18 (2022), pp. 56-79.

pues cuando nos movilizamos desde el feminismo, «no podemos sino hacerlo como herederas de porfías y rebeldías de larga data»^[2]. En el mismo sentido Karelía Cerda resalta que:

«En el escenario del Estallido Social, son las experiencias de mujeres de múltiples generaciones las que se cruzan y dialogan, compartiendo una memoria colectiva en relación con las problemáticas devenidas de la construcción social del género y lo que involucra para cada una de dichas generaciones el *ser* mujer, considerando además otros múltiples factores de discriminación que atraviesan el género. Ello es significativo por cuanto complejiza el contenido de lo que constituye el pasado»^[3].

Sobre estos cruces generacionales, nos parece significativa la intervención organizada por la Coordinadora Feminista 8M, en la que se entonó la «canción de la rebeldía», portando un prendedor con un papel que decía «SOMOS+» y realizando un recorrido desde la plazoleta de Carlos Antúnez con Providencia, hasta el monumento del general Baquedano en Plaza «de la dignidad». Dicha intervención realizada el 10 de diciembre del 2019, Día Internacional de los Derechos Humanos, fue un gesto simbólico de reconocimiento a la antigua manifestación organizada por Mujeres por la Vida en 1985, la cual tuvo como objetivo pedir la libertad de dirigentes sindicales y poblacionales que se encontraban detenidos. En dicha oportunidad Mujeres por la Vida junto a otros colectivos que se congregaron

para la actividad, entonaron la «canción de la alegría» y portaron un lienzo en el que se imprimió la consigna «SOMOS+» creada por Lotty Rosenfeld. La intención de la coordinadora 8M al re-actualizar las acciones de la antigua agrupación, fue «visibilizar la centralidad histórica que ha tenido la defensa de los derechos humanos para el movimiento feminista»^[4]. Anudando así, en un mismo entramado, la denuncia por las violaciones a los derechos humanos cometidas durante la dictadura y durante la revuelta social del 2019.

Por su parte, cabe resaltar que, en la versión del 2019 de esta manifestación, participaron antiguas integrantes de la agrupación Mujeres por la Vida, como Fanny Pollarolo, ampliamente reconocida por las nuevas generaciones feministas. De este modo, «la gestión política de la memoria en sentido activo y reflexivo nos permite reelaborar nuestro propio pasado, de manera que podamos actualizarlo para enriquecer nuestra perspectiva de los hechos presentes, que están conectados a los pretéritos»^[5].

Hoy, en este contexto conmemorativo, recuperar la historia del movimiento social y político de mujeres, cobra esa relevancia teórica, política y comprensiva. Por ello, en este artículo pondremos especial énfasis en el surgimiento y características de las organizaciones de mujeres de oposición a la dictadura, resaltando las dinámicas de sociabilidad y las redes en las que circularon

2.- Camila Rojas, «La rebelión feminista. Poco de novedad y mucho de herencia», en Faride Zerán (ed.), *Mayo feminista. La rebelión contra el patriarcado*, Santiago, LOM Ediciones, 2018, p. 127.

3.- Karelía Cerda, «Estallido social e historia de las mujeres: construcción de genealogía política feminista en Chile», *Aletheia*, 20 (2020), p. 8.

4.- El Mostrador Braga, «Canción de la rebeldía: a 35 años de 'Mujeres por la Vida' se convoca a una intervención de conmemoración», *El Mostrador*, 10 de diciembre de 2019, <https://www.elmostrador.cl/braga/2019/12/10/cancion-de-la-rebeldia-a-35-anos-de-mujeres-por-la-vida-se-convoca-a-una-intervencion-de-conmemoracion/> (consulta: 04 de agosto de 2023).

5.- Carla Rivera, «La memoria colectiva como ejercicio político: la experiencia del movimiento social», en Olga Grau, Luna Follegati y Silvia Aguilera (coord.), *Escrituras feministas en la revuelta*, Santiago, LOM Ediciones, 2020, pp. 203-204.



Mujeres de la Agrupación de Familiares Desaparecidos se manifiestan frente al Palacio de Gobierno durante la dictadura militar de Pinochet (Foto: Kena Lorenzini, fuente: Museo de la Memoria y los Derechos Humanos).

los principales debates que atravesaron las discusiones respecto de las formas organizativas, las prácticas políticas, la democracia y democratización, la autonomía feminista y la participación político partidaria. Así, más allá de una evaluación de los logros realizados por el movimiento social de mujeres, queremos resaltar los contenidos de propuestas que tensionaron las construcciones políticas patriarcales, denunciando la violencia y politizando lo cotidiano, desafiando las nociones de normalidad y cuestionando las bases sobre las que se estructuraba el quehacer de la oposición política a la dictadura.

Organizaciones sociales de mujeres y sus características

Entre 1973 y 1989, es posible distinguir cuatro grandes etapas en las que se desplegó el movimiento social de mujeres,

coincidentes con ciclos de fuerte represión y violaciones a los derechos humanos, así como con las distintas posiciones políticas e itinerarios de la oposición política. La primera etapa se extendió entre 1973 y 1977^[6], marcada por el surgimiento de las primeras organizaciones de mujeres (Agrupación de Mujeres Democráticas, 1973) y la participación de éstas en otras orientadas a la defensa de los derechos humanos, como lo fueron: Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFFD), Agrupación de Familiares de Ejecutados Políticos (AFEP), Fundación de Ayuda Social de Iglesias Cristianas (FASIC), Corporación de Defensa de los Derechos del Pueblo (CODEPU), Corporación de Derechos Humanos (CINTRAS), Asamblea Nacional de Derechos Huma-

6.- Sandra Palestro, «Mujeres en movimiento 1973-1989», *Documento de trabajo*, 14 (1991), Santiago, FLACSO, p.7.

nos^[7], el Comité para la Paz en Chile y Vicaría de la Solidaridad, entre otras.

Varias de las organizaciones mencionadas se crearon al alero de la Iglesia Católica, que además patrocinó programas destinados a combatir la cesantía y el hambre, producto de las nuevas políticas económicas que instalaban, en base a políticas de shock, la racionalidad neoliberal. Bolsas de Cesantes, Talleres Laborales y Comedores Populares^[8], se convirtieron en espacios y experiencias de reconocimiento y sociabilidad popular que politizaron lo cotidiano^[9].

En 1976 se crea el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical (CNS), cuyo principal objetivo fue construir un espacio para la búsqueda de respuestas colectivas a los problemas comunes e inmediatos derivados del hambre, la cesantía, la carestía, las deficiencias en la salud y educación, para desde allí promover una mayor articulación y agrupación de demandas políticas, sociales y económicas^[10]. Esta primera etapa culminó con la expresa necesidad de potenciar la búsqueda de la unidad, la generación de espacios de concertación social que permitieran aunar las distintas demandas emanadas de las diversas experiencias del mundo popular y de los sectores políticos de oposición.

Entre 1977 y 1981 es posible identificar un segundo momento caracterizado por la expansión de la reflexión sobre la «condición de la mujer», es decir, por la urgente

necesidad de visibilizar las problemáticas desde las experiencias femeninas en dictadura. Son los años en que comenzaron a surgir los primeros grupos de profesionales e intelectuales organizados en torno a las ONG y los centros académicos independientes, que promovieron debates sociales, económicos, culturales y políticos desde el género. La Asociación para la Unidad de las Mujeres (ASUMA), que asumió tempranamente una identidad feminista, el Círculo de Estudios de la Mujer (1978) y más adelante, el Centro de Estudios de la Mujer (CEM, 1983)^[11], fueron los primeros espacios de este tipo. Edda Gaviola, Eliana Largo y Sandra Palestro resaltan que, durante estos años:

«El sentido de la vida comenzaba a ampliarse: ya no sería sólo el mecanismo de respirar y de no morir por una bala, así como el término exilio no sería únicamente habitar de nuevo el propio país, sino la posibilidad de trabajar, transitar y desarrollarse libremente en él; y la alimentación no solo consistiría en ‘poder matar el hambre’ de cada día»^[12].

Pensar y reflexionar desde lo femenino, considerando las distintas experiencias que introducían las diferentes condiciones de clase, permitió reunir en espacios comunes a intelectuales y profesionales, mujeres de sectores medios ilustrados, con aquellas que desde el mundo popular experimentaban la triple condición de subordinación,

7.- María Angélica Illanes, «El túnel o la dictadura (oscura transición al siglo XXI). Las historias de Lucrecia y Valentina y el movimiento feminista de los 80», en *Nuestra historia violeta. Feminismo social y vidas de mujeres en el siglo XX: una revolución permanente*, Santiago, LOM Ediciones, 2012, pp. 105-109.

8.- S. Palestro, «Mujeres en movimiento 1973-1989».

9.- Edda Gaviola, Eliana Largo y Sandra Palestro, *Una historia necesaria. Mujeres en Chile: 1973-1990*. Santiago, Akí & Aora, 1994.

10.- S. Palestro, «Mujeres en movimiento 1973-1989», pp. 15-16.

11.- La derivación del Círculo de Estudios de la Mujer a la formación del CEM y de la Casa de la Mujer La Morada, se debió a la pérdida del patrocinio que la Academia de Humanismo Cristiano le prestaba al Círculo. La desvinculación tuvo como fundamento que en el boletín del Círculo se trataban temas que atentaban contra la moral cristiana, como lo era el divorcio y el aborto.

12.- Edda Gaviola, Eliana Largo y Sandra Palestro, «Si la mujer no está, la democracia no va», *Proposiciones*, 21 (1992), pp. 111-112.

Cuadro 1: Muestra de organizaciones y grupos de mujeres según sus objetivos estratégicos

OBJETIVOS	ORGANIZACIONES
Defensa de los Derechos Humanos y subsistencia.	Agrupación de Mujeres Democráticas (1973); Agrupación de Familiares de Detenidos Desaparecidos (AFDD, 1975); Frente de Liberación Femenina (1980); Comisión de Derechos de las Mujeres de la Comisión Chilena de Derechos Humanos (1980).
De pobladoras, campesinas, sindicales, activistas o étnicas.	Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical (1976); Movimiento de Mujeres Pobladoras (MOMUPO, 1980); Grupo Las Domitilas (1980); Acción Femenina (1985); Departamento Femenino de la Comisión Nacional Campesina; Comité Pro Unidad de la Mujer (1985); Grupo Semilla; Asociación Nacional de Empleadas de Casa Particular (ANECAP); Grupo de Mujeres Poblacionales TADEM; Grupo de Mujeres Cristianas; Sindicato Intempresas de Trabajadoras de Casas Particulares (SINTRACAP); Agrupación de Mujeres Pobladoras de la Zona Oriente; Organización de Mujeres por el Desarme, la Integración y el Desarrollo Latinoamericano (OMIDES); Colectivo de Lesbianas Ayuquélén; Colectivo Centro-Mujer; Unión de Mujeres de Valparaíso (1977); Colectivo No Más Violencia Contra la Mujer; Frente de Mujeres de Conchalí; Unión de Mujeres de Atacama (UDEMA, 1986); Movimiento Feminista (1983); Frente de Mujeres de Valdivia (FREDEMUVAL, 1986); Colectivo Mujer y Educación (1987); Comando de Mujeres por el NO (1987); Movimiento por los Derechos de la Mujer (MODEMU, 1983); Mujeres por la Democracia (1984); Colectivo Peulla (1986); Agrupación de Mujeres de San Antonio (AMSA); Killén (1986).
Coordinadoras de mujeres y organizaciones	Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH, 1983); Mujeres por la Vida (1983); Coordinación de Organizaciones Sociales de Mujeres (1988); Concertación de Mujeres por la Democracia (1988); Coordinador Político de Mujeres de Oposición (CPMO, 1984); Coordinadora de Organizaciones Sociales de Mujeres (1988); Coordinador de Mujeres de Arica (1985); Coordinador de Mujeres Jóvenes de la Universidad de Chile (1987); Coordinación de Mujeres de Concepción (1983); Coordinación de Mujeres de Talcahuano (1986).
Productoras de conocimiento y análisis	Asociación para la Unidad de las Mujeres (ASUMA, 1977); Círculo de Estudios de la Mujer (1978); Centro de Estudios de la Mujer (CEM, 1983); Centro de Formación y Servicios de la Mujer DOMOS; Taller de la Mujer del Instituto Nuevo Chile; Talleres Tamarugo; Subcomisión de Legislación de la Mujer del Grupo de Estudios Constitucionales (1986); Centro de Estudios y Reflexión de la Mujer (CEREM); Centro de Estudios y Atención del Niño y la Mujer; Red de Información y Difusión de la Mujer (RIDEM, 1988); Instituto de la Mujer (1985).
Lugares de encuentro para la reflexión sobre la condición de la Mujer	Colectivo de Mujeres de Peñalolén (1985); Casa de la Mujer La Morada (1983); Casa de la Mujer de Valparaíso (1986); Casa de la Mujer Mapuche (1985); Corporación de Desarrollo, Servicio y Asesoría Técnica de las Mujeres Mapuche «A ukiñko zomo» (1989); Casa Sofía.
Relacionadas a partidos políticos	Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM, 1980) relacionadas al Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR); Mujeres de Chile (MUDECHI, 1981) formado por mujeres del Partido Comunista; Liga Pro Paz (1980) vinculado a un sector del Partido Socialista; Unión Chilena de Mujeres (UChM, 1980) formada por militantes del Partido Socialista; Frente de Mujeres Juanita Aguirre (1984), formado por militantes del Partido Radical; Unión Popular de Mujeres Rosario Ortíz (1985), por mujeres vinculadas al sector Socialista Salvador Allende; Departamento Técnico Femenino, creado e integrado por la Democracia Cristiana; Federación de Mujeres Socialistas, creado e integrado por militantes del Partido Socialista; Coordinadora de Mujeres Humanistas, formada por el Partido Humanista; Movimiento de Mujeres por el Socialismo (1984), autónomo pero integrado por partidos del área socialista e independientes.

Fuente: Elaboración propia en base a los resultados del Proyecto Fondecyt N° 1150049.

exclusión y explotación. La mujer popular se fue constituyendo sujeto de investigación-acción, en conjunto con el desarrollo de una nueva forma de militancia social que hizo de estas experiencias una posibilidad para crear conciencia de clase y, desde allí, politizar la demanda por transformaciones democráticas de la sociedad^[13].

Entre 1982 y 1986, se extiende un tercer período caracterizado por la proliferación de organizaciones y de nuevos espacios de encuentros (ver Cuadro 1), en un contexto de mayor apertura política del régimen, la emergencia de las primeras alianzas político formales de la oposición y un ciclo de tres años de importantes, masivas y violentas protestas populares.

En el marco de la sociabilidad que estuvo a la base de las movilizaciones y protestas, crecieron los espacios comunitarios y de encuentro de mujeres, posibilitando la emergencia de una nueva «ciudadanía femenina»^[14], caracterizada por un debate feminizado de la pobreza^[15], de las resistencias a las violencias domésticas^[16] y por la reivindicación de la idea de que «lo privado es político». Para «1982 los comedores populares se convirtieron en *ollas comunes*, espacios de participación mixta, que permitieron entender el hambre como un problema político y el cocinar como una práctica de resistencia»^[17].

La politización de la vida cotidiana corrió en paralelo con la expansión de las reflexiones en torno a la violencia y sus expresiones en múltiples ámbitos de la vida, incorporando dicha experiencia a los conceptos de democracia y democratización y, por ende, a los horizontes de expectativas que se abrían como futuros posibles. Así, uno de esos horizontes asociaba la democracia no solo a la conquista institucional, sino a que transformaciones de las prácticas patriarcales que generaban subordinación, exclusión, violencia y explotación^[18].

Un cuarto período del movimiento social de mujeres se extendió entre 1987 y 1990, caracterizado por la elaboración de propuestas políticas concretas para la democracia de mano de los grupos de centro izquierda, promotores de una salida pactada con la dictadura, ante el inminente fracaso de la vía insurreccional promovida principalmente por el Partido Comunista. Este fue el tiempo en que las controversias y los debates en el seno del movimiento de mujeres pusieron énfasis en cómo lograr articular el doble desafío: contribuir por una parte a la eventual transición a la democracia (admitiendo los límites de un proceso) y por otra, enfatizar sus proyectos sectoriales (reforzando sus identidades y autonomía), como manera de evitar convertirse en simple fuerza de apoyo subsidiaria en proyectos de partidos políticos tradicionales y profundamente patriarcales, lo que implicaba postergar las demandas y aspiraciones feministas. Ejemplo de ello fueron los documentos: «Manifiesto Feminista» (1983); «Principios y reivindicaciones que configuran la plataforma de la mujer chilena» (1985) del MEMCh83; la «Demanda de la mujer rural», del Departamento Femenino

13.- Cristina Moyano, «Escrituras de mujeres, las huellas del feminismo en las revistas de los Centros Académicos Independientes, 1980-1990», *Revista Catedral Tomada*, 11 (2018), pp. 294-312.

14.-Vanessa Tessada, «Democracia en el país y en la casa. Reflexión y activismo feminista durante la dictadura de Pinochet (1973-1989)», *Cuadernos Kóre*, 8 (2013), p. 98.

15.-Teresa Valdés y Marisa Weinstein, *Mujeres que sueñan. Las organizaciones de pobladoras en Chile: 1973-1989*, Santiago, FLACSO, 1993, p. 21.

16.-Ana María Arteaga, «Politización de lo privado y subversión del cotidiano», en Eugenia Hola (coord.), *Mundo de mujer. Continuidad y cambio*, Santiago, CEM, 1988, p. 576.

17.- V. Tessada, «Democracia en el país y en la casa», p. 106.

18.- Loreto Rebolledo, «Movimiento de mujeres- Movimiento feminista en dictadura», *Revista Al sur de todo. Revista multidisciplinaria de estudios de género*, 7 (2013), p. 27.

Cuadro 2: boletines catastrados y organización/grupo que lo elaboró

ÓRGANO DE DIFUSIÓN	GRUPO U ORGANIZACIÓN QUE LO ELABORÓ
<i>Y nosotras qué</i>	Taller de Mujeres Reflexión de la parroquia Santa Cristina.
<i>Mujeres en la lucha</i>	Elaborado por Presas Políticas de Nueva Imperial
<i>Oye vecina</i>	Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM), Maipú.
<i>Presencia de mujer</i>	Departamento Femenino del Movimiento Sindical Unitario (MSU)
<i>Hojita</i>	Comisión de Derechos de la Mujer
<i>Guacolda</i>	Acción Femenina
<i>Mujer, voz y pueblo</i>	De mujeres pobladoras de la población Herminia
<i>Nuestro despertar</i>	De los Talleres Solidarios José María Caro
<i>Ormiga</i>	
<i>Palabra de mujer</i>	Unión de Mujeres de Atacama (UDEMA)
<i>Palomita</i>	Grupo Las Domitilas
<i>Remolino</i>	Agrupación de Mujeres Democráticas
<i>La Boletina</i>	Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH-83)
<i>Testimonio</i>	Frente de Liberación Femenina de Chile
<i>Nos/otras</i>	Ediciones feministas Centro Mujer
<i>Boletín Sintracap</i>	Sindicato Interempresas de Trabajadoras de Casa Particular (SIN-TRACAP)
<i>Vamos mujer</i>	Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM)
<i>Furia</i>	Federación de Mujeres Socialistas
<i>Boletín del Círculo</i>	Círculo de Estudios de la Mujer
<i>Boletín Bimestral La Morada</i>	Corporación Casa de la Mujer La Morada
<i>Tu voz Mujer</i>	Comité de Defensa de los Derechos de la Mujer (CODEM), Concepción.
<i>La Cigarra</i>	Comité Pro Unidad de la Mujer
<i>Boletín Ridem</i>	Red de Información y Difusión de la Mujer (RIDEM)

Fuente: Elaboración propia en base a resultados del Proyecto Fondecyt N°1150049

de la Comisión Nacional Campesina (1986); «Resoluciones» realizada por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical (1985); el «Pliego de las mujeres» (1986); y «Demandas de las mujeres a la democracia» del Movimiento Feminista (1988)^[19]. En ese mismo contexto, se avanzó en la creación de organizaciones específicas que daban cuenta de la necesidad urgente de reunir las demandas de las mujeres en un solo gran petitorio que ganara

espacios dentro de la oposición. Ejemplo de ello fueron la conformación del Comando de Mujeres por el NO y la Concertación de Mujeres por la democracia.

Así, durante toda la temporalidad extendida y previamente descrita, las mujeres organizadas fueron fortaleciendo la conciencia de su condición de subordinación, cuestión que las llevó a politizar la cotidianidad ocupando el espacio de lo público a través de numerosos artefactos de comunicación popular y redes de sociabilidad. Fundamentales para ello, fueron las ONG que -de forma independiente o al alero de

19.- E. Gaviola, E. Largo y S. Palestro, «Si la mujer no está, la democracia no va», p. 114.

la Iglesia Católica-, practicaron la investigación-acción para visibilizar y subvertir el orden patriarcal subyacente a la dictadura y al modelo de acumulación capitalista^[20] (ver Cuadro 2). Sin embargo, hacia el final del período, los debates respecto de la autonomía feminista y subordinación a la militancia partidaria, resquebrajó la unidad incipiente que alcanzó a tener dicho movimiento social de mujeres.

El «retorno de la política tradicional» hacia 1988, tensionó de distintas formas al movimiento social y político de mujeres. Las experiencias comunes se resquebrajaron en el itinerario transicional inmediato y la virtuosa comunicación entre el mundo popular e intelectual, entre la militancia y no militancia, se fue erosionando aceleradamente.

Sociabilidades y redes del movimiento social y político de mujeres

Los principales espacios de sociabilidad política de las mujeres fueron casas de la mujer, centros, coordinadoras, agrupaciones, talleres, comedores, acompañadas del florecimiento de una importante red de ONG, que hizo del tema femenino uno de sus ejes de reflexión, investigación y acción social^[21].

La característica central de este movimiento social fundamentado en el asociacionismo de género, fue repensar la sociedad desde la cotidianeidad para transformar las relaciones sociales, cuyos principales objetivos eran intentar disolver la división

binaria entre lo público y privado y la creciente necesidad de crear nuevas estructuras que superaran las dicotomías tradicionales de la política: «Íbamos y veníamos intentando resolver la supuesta dicotomía participación-eficiencia ¿Colectivo sin estructura? ¿Necesidad de delegar, de liderazgos, de responsabilidades asignadas, de rendimiento, de metas a cumplir?»^[22]. No reproducir organizaciones autoritarias se constituyó en un horizonte de expectativas de las mujeres, esfuerzo que chocaba con las experiencias de las militantes políticas que obligadamente comenzaron a cuestionar las estructuras político-partidarias tradicionales.

La necesidad de colectivizar las discusiones y experiencias permitió la implementación de coordinaciones sectoriales y territoriales, a partir de las cuales las organizaciones se fueron desplegando en distintas partes del país. La mayoría de ellas buscó desarrollar formas horizontales de liderazgo, que permitieran la expresión de la heterogeneidad de sus miembros y la autonomía en torno a intereses específicos emergentes en la cotidianeidad^[23].

La proliferación de organizaciones de mujeres generó la necesidad de acciones y propuestas unitarias. En ese contexto puede comprenderse la re-emergencia del Movimiento por la Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCh 83), colectivo que a través de la recuperación del nombre (y con ello, parte de la identidad) de la organización nacida en la década de los treinta en Chile, intentó generar convergencias de las distintas formas de asociatividad, para arti-

20.- Teresa Valdés, «El movimiento social de mujeres y la producción de conocimiento sobre la condición de la mujer». *Documento de Trabajo*, 43 (1993), Santiago, FLACSO.

21.- Cristina Moyano y Marcelo Mella, «La revista Proposiciones: espacio de sociabilidad intelectual y producción de saberes en el campo intelectual de la izquierda chilena durante los años 80», *Revista Austral de Ciencias Sociales*, 32 (2017), pp. 77-98.

22.- Rosa Bravo, María Isabel Cruzat, Elena Serrano y Rosalba Todaro, «Y así va creciendo... el feminismo en Chile», *Ediciones de las mujeres*, 5 (1986), p. 27.

23.- Natacha Molina, «Propuestas políticas y orientaciones de cambio en la situación de la mujer», en Manuel Antonio Garretón (comp.), *Propuestas políticas y demandas sociales. Vol. III*, Santiago, FLACSO, 1989, pp. 31-172.

cular «una comunidad política ampliada en la que se proyectó la urgencia por impulsar la participación femenina e incorporar los problemas de la mujer a la lucha contra el autoritarismo»^[24].

En el mismo año 1983 nació también el colectivo Mujeres por la Vida, que tuvo como objetivos centrales «actuar unitariamente en la búsqueda de consensos políticos en el más amplio espectro opositor y colaborar activamente en la movilización social, convocando a las mujeres chilenas a manifestar públicamente, en las calles, en todas partes, sus deseos de democracia»^[25]. Estos hitos organizacionales fueron muestra de cómo la demanda de las mujeres se vinculaba a repensar la democracia en el marco de un espacio feminista que cruzaba las fronteras del país. La realización de foros, debates, charlas, talleres, actos, intervenciones en el espacio público, así como la publicación de boletines con fines educativos-populares y artículos académicos, fueron las formas materiales en que esta red se fue construyendo. La disputa por la palabra, por incorporar nuevos conceptos para ejecutar la realidad patriarcal y dictatorial, fue parte sustantiva de los objetivos que tuvieron quienes participaron de estas organizaciones.

Las acciones de coordinación y capacitación se entrecruzaron y nutrieron de las redes nacionales de prensa popular, que permitieron unir a las distintas organizaciones para que se reconocieran entre sí. La importancia de la comunicación popular, desarrollada en estos años, fue un factor clave en la posibilidad de configuración de

un «nosotras». A través de la prensa popular, compuesta por variados tipos de boletines, se divulgaban los espacios de encuentro de mujeres, se informaba de los talleres que ofrecían distintas organizaciones y de los encuentros nacionales e internacionales de mujeres. Algunos de estos eventos son narrados en el Cuadro 3, expresión de la rica y heterogénea red de organizaciones de mujeres durante la dictadura.

Quienes participaron de esta red, han enfatizado que:

«La Prensa Popular ha tenido un desarrollo muy importante tanto en calidad como en cantidad, los boletines populares han sido la voz de muchas organizaciones que han nacido al calor de los anhelos de libertad, de trabajo, de justicia, de igualdad... cumplieron un papel importante en la creación de espacios. Los boletines han sido una valiosa herramienta en la lucha por reconquistar la Democracia»^[26].

En conjunto con lo anterior, la red tenía también un carácter transnacional, en la que colaboraron organizaciones tan relevantes como lo fueron la revista Isis Internacional, Fempress/Ilet, y los Encuentros Feministas Latinoamericanos y del Caribe, de los que varias mujeres participaron activamente.

Las experiencias individuales y comparadas fueron las que modelaron una identidad colectiva dentro del movimiento de mujeres. La formación de mundos comunes y, con ello, la conformación de comunidades interconectadas dentro del mismo. En este sentido, también fueron muy relevantes las investigaciones sobre la historia y participación de las mujeres en relación a tiempos pasados. Conocer su historia y comprenderse dentro de la construcción de

24.- Elisabet Prudent, *Y entonces estaban ellas: Memoria(s) de las Mujeres Democráticas durante la dictadura*, Santiago, CEIBO Ediciones, 2013, p. 46.

25.- Teresa Valdés, *Las mujeres y la dictadura militar en Chile*, Santiago, FLACSO, 1987, p. 16.

26.- Boletín *Palomita*, junio-julio 1988, p. 3.

Cuadro 3. Muestra representativa de los principales Encuentros Nacionales e Internacionales organizados por mujeres

AÑO/ DESCRIPCIÓN	ENCUENTROS INTERNACIONALES	ENCUENTROS NACIONALES
1975	- Conferencia Mundial del Año Internacional de la Mujer, en México. En el marco de esta Conferencia se establece el Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer 1975-1985.	
1978		- Primer Encuentro Nacional de la Mujer, organizado por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical.
1979		- Segundo Encuentro Nacional de la Mujer, organizado por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical. - Primer Encuentro del Círculo de Estudios de la Mujer.
1980	- Segunda Conferencia Internacional de Naciones Unidas sobre la mujer, en Copenhague (Dinamarca). Tuvo por fin analizar los avances realizados en la mitad del Decenio para la Mujer.	- Tercer Encuentro Nacional de la Mujer, organizado por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical.
1981	- Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bogotá (Colombia).	- Cuarto Encuentro de la Mujer Trabajadora, organizado por el Departamento Femenino de la Coordinadora Nacional Sindical.
1983	Segundo Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Lima (Perú).	- Acto en el Teatro Caupolicán, Santiago. En él se congregaron más de once mil mujeres de diversas organizaciones.
1985	- Conferencia Mundial en Nairobi (Kenya), en donde se evaluaron los logros del Decenio de las Naciones Unidas para la Mujer. - Tercer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Bertioja (Brasil).	- Encuentro de diversas organizaciones en la «Jornada por la Vida». - Segundo Encuentro de Prensa Popular, en donde participa el MEMCH-83.
1986	- Primer Encuentro de Mujeres del Cono Sur en Mendoza (Argentina).	- Primer Encuentro de la Mujer Rural, organizado por el Departamento Femenino de la Comisión Nacional Campesina. - Tercer Encuentro de Prensa Popular, en donde participa el MEMCH-83.
1987	- Cuarto Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en Taxco (México).	
1989	- Quinto Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe, realizado en San Bernardo (Argentina)	- Acto Multitudinario en el Estadio Santa Laura (Santiago), en el marco de la conmemoración del 8 de marzo.

Fuente: Elaboración propia en base a resultados del proyecto Fondecyt N° 1150049.

un movimiento con antecedentes y con posibles proyecciones, se volvió un objetivo primordial, promovido a través de las prác-

ticas de educación popular e historia oral. Para las mujeres de los distintos talleres: «construir identidad individual y colectiva

significa[ba] necesariamente abordar aquellos núcleos básicos que configuran 'el ser mujer'; reconocerse a sí misma y reconocer a otros como parte de un grupo social que tiene una realidad específica; diferenciarse de los otros sujetos sociales explicitando y valorando lo propio»^[27].

Con todo, un hito cultural, colaboró permanentemente a la reunión de esta red en espacios públicos. Nos referimos a las conmemoraciones que se realizaban los 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer, momento en el que se renovaba «el compromiso de la lucha antidictatorial de las mujeres y ampliaban los márgenes del discurso democrático en consideración a sus proyecciones igualitarias y pluralistas, apuntando al proyecto mayor por la conquista de una democracia real»^[28].

La última gran congregación de las mujeres de los distintos sectores políticos de la oposición y las convocadas por el movimiento social de mujeres, se realizó en el marco de las conmemoraciones del 8 de marzo de 1989, en donde participaron más de veinticinco mil mujeres esperanzadas en que sería el último Día Internacional de la Mujer en dictadura, por lo que se «cerraba así un ciclo para el movimiento, simbolizado en el nacimiento de la mujer nueva y su compromiso con la democracia»^[29]. Numerosas agrupaciones se hicieron presente ese día, y si bien permiten reconocer la intrincada y extendida red del movimiento social de mujeres, también fue expresión de diversos debates o tensiones no resueltas, que estaban en la base de las experiencias societales de muchos años de resistencia, militancias sociales y político partidarias.

27.- Andrea Rodó y Paulina Saball, «Educación popular, autonomía relativa y constitución de un movimiento de mujeres», *Proposiciones*, 15 (1987), p. 199.

28.- E. Prudent, «Y entonces estaban ellas», p. 48.

29.- E. Gaviola, E. Largo y S. Palestro, «Si la mujer no está, la democracia no va», p. 115.

Debates políticos en el movimiento social de mujeres

Junto con la ampliación de este campo poblado de mujeres organizadas, también se extendieron debates y disputas políticas respecto de los horizontes de expectativas, las tensiones de clases y la vinculación con los partidos políticos de la oposición, por lo que sería un espejismo suponer que en estos años hubo una unidad epistémica y política.

Uno de los debates más relevantes fue el de los contenidos de la democracia. De la sobrevivencia y la resistencia que caracterizaron los primeros años de la dictadura, el movimiento social de mujeres fue transitando hacia una politización de las demandas femeninas, emanadas de las especificidades de su experiencia en una sociedad patriarcal, autoritaria y capitalista. La lucha contra el autoritarismo dotó de nuevos sentidos a la categoría de democracia. Los nuevos horizontes de expectativas nacían del auto-reconocimiento, de la disputa por romper el binarismo entre lo público y lo privado y por ampliar la denuncia respecto de las violencias de la que eran objeto. Como lo planteaba Teresa Valdés a comienzos de los años 90, se trató de un «proceso gradual y sostenido de validación de espacios en la sociedad en los cuales se busca reafirmar una identidad y diseñar estrategias para lograr equidad y participación para las mujeres en todas las áreas de la estructura social y política»^[30].

La experiencia autoritaria se amplió, ya que no sólo estaba contenida en la esfera política institucional, sino que también en un conjunto de estructuras sociales, culturales y económicas, que excluían y subordinaban a la mujer. De lo anterior se

30.- T. Valdés, «El movimiento social de mujeres y la producción de conocimiento sobre la condición de la mujer», p. 22.

deducía, que la expectativa respecto de la democracia implicaba desmontar dichas estructuras, para eliminar cualquier tipo de desigualdad, derivada en opresión, basada en los roles de género.

Este proceso de visibilización fue uno de los principales objetivos de las intelectuales feministas de oposición. Para una de las más reconocidas, Julieta Kirkwood:

«La recuperación de la historia propia de opresión y contestación de todo un colectivo de mujeres, permitirá satisfacer la necesidad de que las generaciones presentes conozcan su propio pasado real. Con vistas a que su inserción futura no tienda, nuevamente, a la negación de sí mismas y a la reafirmación de su no identidad»^[31].

El lema que encarnó este imaginario, y con el que marcharon muchas veces las mujeres en dictadura, fue el de «Democracia en el país y en la casa», intentando conjugar una demanda colectiva de toda la oposición política, con las particularidades del sueño democrático de las mujeres, que experimentaban un autoritarismo de más larga data, en las relaciones cotidianas de la vida social. En la memoria de una de sus activistas: «Queríamos la democracia, pero ésta ya tenía una connotación distinta, había ido más allá de ser considerada una forma de administración del Estado; se había introducido en todas las dimensiones de la vida. Luchábamos contra la opresión en tanto ciudadanas y en tanto mujeres»^[32].

Así, mientras el concepto de democracia adquiría nuevos estratos semánticos organizando las expectativas, también mostraba que lo que se prefiguraba a nivel de los partidos políticos de oposición distaría bas-

tante de lo anhelado. Para algunos hombres intelectuales de la oposición, un proceso de ampliación de la democracia sólo podía construirse en un momento distinto de la transición político institucional, por lo que llamaban a un proceso más gradual y con menos expectativas, argumentando la necesidad de un realismo político para guiar cualquier proceso de unidad programática de la oposición^[33].

Gran parte de los nuevos contenidos de la democracia nacieron de disputas al interior del campo de las mujeres de oposición. Los diferentes intereses específicos que habían posibilitado su organización inicial, también mostraban la diversidad de contenidos de la demanda democrática. Política, laboral, educacional, legal, entre otros, constituían los principales tópicos. Ninguna precedía al otro, porque todas constituían parte del engranaje del autoritarismo vigente.

Sin embargo, un grupo importante de las mujeres del movimiento social, diagnosticaron tempranamente que estas demandas debían hacerse al interior de las colectividades políticas. Varias de ellas militantes comunistas, socialistas, mapucistas y miristas, experimentaron la exclusión de sus demandas, denostadas como secundarias por sus compañeros de partidos, para quienes la dictadura no tenía género.

Paralelo a lo anterior, las mujeres de izquierda también debieron enfrentar una segunda complejidad, nacida de reflexiones teóricas que suponían al género como una opresión inferior a la clase, o que entendían el feminismo como una ideología propia de la burguesía desarrollada de los países del primer mundo. La demanda por democra-

31.- Julieta Kirkwood, *Ser política en Chile. Las feministas y los partidos*, Santiago, LOM Ediciones, 2010, p. 23.

32.- S. Palestro, «Mujeres en movimiento 1973-1989», p. 62.

33.- Cristina Moyano e Ivette Lozoya, «Intelectuales de izquierda en Chile. ¿De la politización a la tecnocracia? Debates sobre la función política y el ser intelectual entre 1960 y 1990», *Revista Signos Históricas*, 41 (2019), pp. 192-229.



Manifestante detenida por carabineros en 1984 (Foto: Kena Lorenzini, fuente: Museo Histórico Nacional de Chile).

cia, por tanto, no sólo era amplia y diversa, sino que también tensionó los lenguajes de su enunciación, irrumpiendo en un mundo ideológico en el que el género era una novedad, bastante lejana de las prioridades que implicaba pensar la igualdad entre hombres y mujeres, además de postergable en el tiempo, a momentos muy posteriores a la salida del gobierno dictatorial.

Un segundo debate tuvo relación con la compleja recepción del feminismo. Por un lado, existía en los grupos sociales de mujeres organizadas una valoración positiva de su incorporación en tanto «concepción radical del mundo que permite analizar todos los problemas y no solamente una lista reducida de temas específicos tradicionalmente llamados asuntos femeninos»^[34], haciendo:

34.- Roxana Carrillo, «Centros de mujeres, espacios de mujeres», *Ediciones de las Mujeres*, 5 (1986), p. 35.

«Visible el sistema de desigualdad entre los sexos, lo que implica[ba] replantear el concepto de las relaciones de poder dentro y fuera de la familia; es decir, analizar el mundo privado como un espacio donde no sólo se dan sentimientos y emociones, sino también relaciones de dominio de un sexo sobre otro y de una generación sobre otra»^[35].

Así, mientras unas pugnaban por ampliar el concepto «lo político»^[36]. De otro lado, un grupo de mujeres, mayoritariamente pobladoras vinculadas a organizaciones de izquierda (como el Movimiento de Izquierda Revolucionaria (MIR) y el Partido Comunista de Chile (PCCh), veían en el feminismo una ideología burguesa, que

35.- Virginia Vargas, «Patriarcado, feminismo y autonomía», en *Boletín Nos/otras*, 1 (1984), sección separata.

36.- *Íbidem*.

invisibilizaba los conflictos anteriores derivados de las desigualdades de clases. En el boletín *Nuestro Despertar*, enfatizaron por ejemplo que:

«La lucha por la liberación de la mujer no tiene nada que ver con feminismo, no se trata de ninguna manera de la lucha del sexo femenino en contra del masculino, la lucha por la liberación de la mujer es una política revolucionaria y por ser una lucha en contra del sistema capitalista que mantiene y necesita de la opresión de la mujer está inserta en el contexto de la lucha de clases y de todo el conjunto del pueblo»^[37].

La tensión entre ambas visiones impidió que el uso del feminismo se extendiera como identidad ideológica en los años 80, aún cuando recuerdos posteriores tiendan a esa revalorización. Lo cierto es que, en la oposición, la categoría feminismo requería permanentes aclaraciones, ya que, a decir de las mujeres de la época, por un lado «espanta a las grandes mayorías de mujeres de clase media que son muy poco concientizadas políticamente»^[38] y por el otro, era menester explicitar a los «hombres» que «las mujeres no queremos una sociedad que excluya o someta a los hombres. No buscamos revanchismo: invitamos a hombres cuestionar los privilegios que la cultura les asigna y que empobrece su potencialidad de vivir una vida afectiva gratificante y plena»^[39]. Para Kirkwood:

«El feminismo contemporáneo reaparece en momentos en que impera una tremenda dislocación ideológica, una inquietante

pérdida de perspectiva; donde ya no todo puede ser explicado por la razón y se sospecha la necesidad de explicaciones más subjetivas desde grandes cantidades de masas humanas. Es, claramente, el rechazo a un mundo donde todo lo que no se explica en términos de relaciones de clase, de trabajo, de producción y mercado, tiende a *no existir*, a no ser que se le reduzca, como sea, a un último objetivismo material»^[40].

Sin embargo, pese a la relevancia que las mujeres políticas de izquierda intentaban darle al feminismo, no ignoraban que «paradojalmente esos partidos, que debieran recoger los planteamientos de las reivindicaciones específicas de las mujeres por las mismas razones ya señaladas, han sido los más renuentes, los más duros»^[41].

Así, el feminismo como categoría teórica y política contaba con múltiples detractores y adherentes. Cruzaba a la izquierda en su conjunto, tanto como a las experiencias de clase de las heterogéneas militantes del movimiento social de mujeres.

Historiadores sociales como Julio Pinto y Gabriel Salazar, han enfatizado la diferencia entre un feminismo ilustrado, de clase media y de militantes de izquierda, respecto de uno popular, que habría generado distintas experiencias de asociatividad en las poblaciones de Santiago. Según estos historiadores, este feminismo puede ser definido a partir de un conjunto de características, tales como que: 1) el feminismo popular comprende la liberación personal como un *proceso o proyecto común*, en donde toman relevancia las redes de solidaridad; 2) la noción de feminidad se centró en el *despliegue*

37.- Boletín *Nuestro despertar*, octubre de 1985, p.5.

38.- Isis Internacional, «Feminismo Latinoamericano: Los retos frente al poder. Conversación con Adriana Santa Cruz», *Ediciones de las Mujeres*, 5 (1986), p. 89.

39.- Movimiento Feminista, «Declaración del Movimiento Feminista de Chile», *Fempres*, 32 (1984), p. 9.

40.- J. Kirkwood, «Ser política en Chile. Las feministas y los partidos», p. 57.

41.- Isis Internacional, «Feminismo Latinoamericano», pp. 89-90.

programático de una capacidad autogestionaria múltiple más que atenerse a los roles tradicionales que invocaba una imagen ideal de matrimonio y familia; 3) primó la construcción de una participación social de carácter social y comunitaria a modo de ejercicio político; 4) buscaron proponer un modelo de democracia que incluyera a todos los ciudadanos y no delimitar el espacio de soberanía a la comprensión de esta según la estructura binaria de los sexos; 5) el feminismo popular tiene la fuerza de una historia propia que introdujo formas alternativas al sistema imperante desarrollando micro-poderes sociales; 6) la lucha de las pobladoras al nacer desde una condición de explotación, extrapola la lucha netamente femenina a una que es también de clase, por lo que reúne en sí tres expresiones socio-culturales: la de las clases explotadas, la de un modo democrático-vecinal de hacer política, y la de las mujeres^[42].

Con todo y pese a sus diferencias, las tensiones en su uso y contenido, el feminismo fue parte de un amplio movimiento social que, hacia inicio de los años 80, «encontró estímulos importantes en la emergente propuesta de impulsar el desarrollo de los movimientos sociales, de reconocer la heterogeneidad del mundo popular, y en la valoración de las transformaciones en el ámbito de la vida cotidiana, la cultura y las relaciones sociales»^[43]. Sin embargo, también se tensionó respecto del lugar de las mujeres feministas, el rol de los partidos y la definición de su propia identidad militante.

Un tercer debate versó sobre la autonomía del movimiento de mujeres respecto a los partidos políticos y la experiencia de

la doble militancia, política y social. Dicho debate circuló en diálogos cruzados entre las organizaciones a nivel nacional y en los distintos encuentros internacionales. En ambos espacios, se problematizaron los desafíos que presentaba la incorporación de las mujeres en el escenario político, emergiendo una compleja reflexión sobre la dificultosa relación con los partidos que entendían la cuestión femenina como algo secundario o postergable.

Según actoras de la época, algunos sectores «han vivido culpabilizando al feminismo de ser ‘burgués’, ‘individualista’ y de preocuparse del patriarcado, en circunstancias que la ‘única raíz de todos los males es el capitalismo’»^[44]. De acuerdo a dicha comprensión del problema, es que mujeres feministas planteaban que:

«En esa tensión vivimos, obligadas a criticar a esos partidos por su autoritarismo e intentando hacerlos entender que el patriarcado está más allá y más acá del capitalismo, de las dictaduras o del marxismo... y requiere de soluciones impostergables. Sin embargo, hemos sido tímidas en esas críticas para no hacerle el juego a las fuerzas conservadoras dentro de nuestros países, y a la vez ahuyentamos a grandes masas de mujeres de clase media que deben identificarse con el movimiento para hacerlo masivo, fuerte, poderoso y capaz de exigir los cambios que buscamos para todas las mujeres»^[45].

Para ellas, el reto del feminismo radicaba en mostrar con nitidez, particularmente a los partidos de izquierda, «el enlace existente entre discriminación económica y opresión machista, entre explotación ca-

42.- Gabriel Salazar y Julio Pinto, *Historia Contemporánea de Chile IV. Hombría y Feminidad*, Santiago, LOM Ediciones, 2002, pp. 208-209.

43.- A. Rodó y P. Saball, «Educación popular, autonomía relativa y constitución de un movimiento de mujeres», p. 196.

44.- Isis Internacional, «Feminismo latinoamericano», p. 90.

45.- *Íbidem*.



Mujeres feministas se manifiestan un 8 de marzo en Santiago de Chile, pidiendo democracia durante el gobierno militar de Augusto Pinochet (Foto: Kena Lorenzini, fuente: Museo Histórico Nacional de Chile).

pitalista y explotación patriarcal»^[46]. Julietta Kirkwood, enfatizaba en ese sentido que, bajo estas condiciones:

«La responsabilidad de la opresión le corresponde al opresor, en tanto la responsabilidad de la rebeldía compete al oprimido. De allí la fuerza y la voluntad intrínsecas en la pretensión de autonomía de los movimientos políticos feministas –como sujetos de su propia rebeldía–, lo que no destruye ni invalida su planteo de la globalidad del cambio político social»^[47].

En concordancia a ello, Roxana Carrillo señalaba que:

«Estos problemas son similares a la presión

46.- Ana María Portugal, «¿Qué es ser feminista en América Latina?», *Ediciones de las Mujeres*, 5 (1986), p. 12.

47.- J. Kirkwood, «Ser política en Chile. Las feministas y los partidos», p. 57.

que ejerce la izquierda masculina sobre las visiones políticas feministas y que se condensan en el agotador estribillo ‘la lucha de las mujeres debe estar supeditada a la lucha de clases’. O en las acusaciones permanentes que se nos hace de dividir a la clase trabajadora, por ejemplo, cuando los programas de organizaciones en sectores populares incluyen aspectos que la izquierda masculina persiste en calificar de personales y por lo tanto no relevantes para la lucha política. En este sentido, tanto los centros como el movimiento feminista deben mantener una permanente actitud de alerta frente a los intentos –abiertos o encubiertos, de adentro o de afuera- de cooptación o transgresión de su autonomía»^[48].

Así, las mujeres del movimiento social

48.- Roxana Carrillo, «Centros de mujeres, espacios de mujeres», pp. 39-40.

organizado, reconocían la tensión que generaba la necesidad de autonomía, la que «hace alusión a la necesidad de un movimiento independiente, tanto a nivel organizativo como de las reivindicaciones específicas de la mujer, garantizando que éstas no se diluyan en las múltiples contradicciones sociales y políticas ni en los intereses de determinados grupos, clases o instituciones»^[49]. Lo anterior interpelaba en primer lugar, a la convicción de que la liberación de las mujeres sería netamente obra de las mujeres mismas, por lo que las organizaciones autónomas potenciarían la acción individual y darían fuerza colectiva a las demandas. De ello derivaba la necesidad de construir espacios autónomos para confrontarse e identificarse entre mujeres, para desarrollar una conciencia colectiva, para conectarse con el mundo desde sus perspectivas e intereses, y para unificar su pensar y actuar. Así, al orientar la lucha femenina contra el capitalismo patriarcal, ambos sistemas tan independientes como coexistentes, implicaría reconocer que la lucha por la eliminación de la opresión hacia las mujeres significara estar luchando contra el sistema como un todo^[50].

En un segundo lugar, no era posible desconocer la relevancia que tenían los conglomerados políticos para dichas militantes del movimiento social de mujeres. Por ello, las discusiones en torno a la autonomía, principalmente en el Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe (1981, Colombia), mostraron matices en torno a la disputa previa. Entre las conclusiones de dicho encuentro se proponía: 1) mantener una autonomía orgánica, considerando que los objetivos no son autónomos, ya que están interrelacionados con los

intereses de la clase obrera en su conjunto para la derrota del imperialismo; 2) aceptar la diferencia entre autonomía organizativa y autonomía política, reconociendo que se pueden generar alianzas para un proyecto político global^[51].

Con todo, la disputa no era sólo ideológica, sino que también tocaba las bases de las identidades políticas, que muchas de las mujeres de organizaciones sociales mantenían como experiencia de politización inicial. Hacia fines del ciclo de protesta social en 1986, las mujeres experimentaron esa tensión de forma más aguda, pues la propuesta de vía pactada y concertada ganaba las disputas al interior de los conglomerados políticos tradicionales. Así, mujeres de la Izquierda Cristiana (IC), de los Partidos Socialistas, del Movimiento de Acción Popular Unitaria (MAPU), pero también las comunistas y miristas, estuvieron conminadas a tomar posiciones más claras. ¿El movimiento o el partido? En el recuerdo de Adriana Santa Cruz, por ejemplo, se recupera esa compleja experiencia de doble militancia, indicando que:

«Son experiencias no sólo válidas sino necesarias. La vinculación entre el movimiento social y los partidos debe darse con algunas personas que están en ambas cosas. Eso sí, me parece que encauzar todo el esfuerzo del feminismo, a través de una determinada colectividad o corriente política, es un gran error. Siento que debemos levantar las consignas feministas en distintos espacios del espectro político, penetrar a todo el aparataje político. [...] Es imprescindible apoyar a las mujeres que están dentro de las instituciones en todos los países donde hay un proceso de democratización en marcha»^[52].

49.- V. Vargas, «Patriarcado, feminismo y autonomía», sección separata.

50.- *Ibidem*.

51.- Isis Internacional, «Primer Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe», en *Boletín Internacional de las Mujeres*, 9 (1982), pp. 33-34.

52.- Isis Internacional, «Feminismo Latinoamericano», p.



Protesta del Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (Fondo Martín Mapocho, Archivo Nacional de la Administración de Chile).

Desde el Movimiento Feminista, en cambio, les plantearon que «no se trata de insertarse en el mundo que ya tiene los límites impuestos y los roles repartidos. Se trata de transformar el mundo. No es con las herramientas del amo que se desmantele la casa del amo. A nosotras nos compete ser sujetos de nuestra propia rebeldía»^[53].

Esta tensión, eclosionó por la fuerza de los hechos. La conformación de alianzas políticas hacia 1987, reagrupó a los partidos de la oposición y aunque el movimiento social de mujeres siguió existiendo con fuerza hasta 1989, muchas mujeres habían tomado la opción de hacer política al interior de los partidos, varios de los cuales serían prontamente gobierno, para erosionar el patriarcado desde el Estado.

Los balances de los gobiernos de la Concertación, hechos por las feministas con-

trahegemónicas de los 90 y en el 2000, han sido mayoritariamente negativos y permitieron dotar de sentido a una nueva narrativa articuladora de la experiencia de lo que significaba ser feminista en un período de transición. ¿Transición a qué? Se plantearon muchas feministas críticas del proceso de reconstrucción democrática y desde allí han disputado, hasta hoy, la temporalidad del presente y han reorganizado su propia relación con el pasado dictatorial.

Conclusiones

A 50 años del Golpe de Estado en Chile, «las mujeres no olvidamos ni perdonamos ningún golpe», declaró la Red Chilena Contra la Violencia hacia las Mujeres. Consigna que entrelaza la politicidad de la vida cotidiana con la acumulación histórica de distintos tipos de opresión, represión, violencia y disciplinamiento hacia las mujeres. Pensar hoy a las mujeres que combatieron la dictadura desde distintos frentes, feministas o no, organizadas o autoconvocadas,

91

53.- Movimiento Feminista, «Todas juntas», *Fempress*, 68 (1987), p. 12.

militantes sociales y políticas, intelectuales y pobladoras, entre otras, no solo apunta a revisar el pasado para rescatar la agencia de un conjunto amplio de mujeres que desafiaron al orden patriarcal en tiempos de dictadura, sino también para poner en perspectiva histórica sus complejidades, profundidades y potencialidades. No es solo hablar del pasado, sino también de proyectos de futuro que aún siguen latentes y en constante actualización, mediante las renovaciones que permite la interacción con las nuevas generaciones.

En el recorrido realizado por este artículo, probablemente quedan fuera un sin-

número de actoras, organizaciones y encuentros que aún faltan por ser estudiados, nombrados y situados en el lugar histórico que merecen. Sin embargo, hemos apostado por un reconocimiento amplio de la diversidad de acciones emprendidas y las formas en las que se organizó un diverso movimiento social de mujeres y feministas que, sin estar exento de tensiones, se nos abre hoy como un legado vivo de nuestra historicidad en tanto mujeres que nos reconocemos dentro de una cultura de izquierda, de oposición a todo tipo de violencia, críticas del neoliberalismo y con horizontes de emancipación.